



Visita al territorio de Sam Savage



Tuve un estupendísimo golpe de suerte. Me morí.

JOHN BERRYMAN

Voy a parar ya. Unos cuantos hilos sueltos que cortar, pedazos y trozos que juntar y etiquetar, para que la gente se entere, y luego paro.

Tuve un perrito. Recorrimos juntos el mundo mientras él duró, en una y otra dirección, solo por hacer camino. Al final estaba ya tan débil que tenía que azuzarlo con la punta del zapato para que anduviese. Está enterrado en algún sitio. Se llamaba *Roy*. Lo echo de menos.

No estoy bien.

La mujer que vive enfrente no está bien, me parece. Se la ve abatida, alicaída. No está bien psicológicamente, me parece. Me parece que es una interna. La tienen internada porque está enferma.

El perro no me llegaba ni a la espinilla, salvo cuando se ponía a saltar contra mi pierna, como solía hacer en su juventud, cuando me veía aparecer por las mañanas o cuando regresaba tras una larga ausencia. Regresaba tras una larga ausencia, como viajero que se aproxima a su pueblo natal muchos años después. Me raptaron unos piratas, dice, pero nadie se lo cree. Novia de toda la vida gorda y casada, padres muertos, no recuerda qué iba buscando cuando echó a andar. No se le ocurre ningún motivo para marcharse de

nuevo, de manera que permanece en el pueblo hasta su muerte, anciano, sin hijos, sin esposa, él que se pasa las tardes contando las mismas historias viejas.

La vecina estaba en su jardín, mirando unas flores con la cabeza gacha, cuando su marido se fue a trabajar esta mañana. El hombre sacó el coche marcha atrás, le pasó muy cerca. Su enfermedad ha proyectado una sombra sobre la familia. Ha atrofiado a sus hijos, que son grandes y guapos, pero con atrofia emocional. Se les nota en la expresión, en el lenguaje corporal. Son pulcros y están bien criados, como si acabaran de apearese de un catálogo de ropa, con su rígida adhesión a los códigos de su medio social. Por lo corrientes y por lo normales que son, me parecen unos fanáticos. Un marido y tres hijos varones adolescentes. En las atardecidas de verano los cuatro juegan bajo el aro de baloncesto de la entrada. Si ella sale de la vivienda y les pasa cerca, en su camino hacia los cubos de la basura, dejan de jugar y permanecen quietos y en silencio, hasta que la mujer vuelve a meterse en la casa. Los ojos bajos, el rostro demacrado, se la ve hundida, sumergida. A última hora de la tarde, el marido y los hijos regresan del trabajo, del colegio, o juegan junto a una casa con las persianas bajadas por completo. Ella está dentro, acurrucada, con la mirada vuelta sobre sí misma. Ellos se mueven a su alrededor, dejándole espacio libre, pero no reconocen su enfermedad ni siquiera para sus adentros, ni siquiera cuando van de habitación en habitación haciendo girar las varillas que mueven las láminas de las persianas para que entre la luz.

Hay otras cosas. Dando vueltas en la cama veo otras cosas en la acera de enfrente, partes de varias casas, una rodaja de cielo, postes eléctricos, un árbol con las hojas muy grandes, una catalpa. Florece en junio, grandes racimos de flores blancas que lo engalanan durante breve tiempo y luego se desprenden y cubren

por completo la acera. Veo casi entero un olmo gigantesco. No alcanzo a ver sus ramas más altas desde la cama pero sé que se extiende como un toldo sobre el techo de un bungalow amarillo. Ahí viven una mujer muy alta y un hombre todavía más alto, que salen por la puerta cada uno con su maletín negro cinco mañanas a la semana, y con trajes de *spandex* salpicados de logotipos para montar en unas bicicletas flacas y plateadas, los domingos. No sé cómo se llaman. Nunca hemos hablado. Cuando pienso en ellos los llamo los altos.

Últimamente estoy pensando, aquí sentado, junto a la ventana, que las personas felices son sociables por naturaleza. Se reconocen entre ellos mediante señales sutiles. En este barrio abundan. Durante los fines de semana se arraciman y apretujan en los jardines traseros y en los parques, sonriendo y meneando la cola como perros.

He estado pensando que en el gran sorteo prenatal de las almas yo fui a parar a la especie equivocada. Estaba destinado a algo más pequeño, más término medio, más solitario: un vil insectito, quizá, como el personaje del gran relato de Kafka, que se despierta una mañana y descubre que se ha convertido en una cucaracha enorme. Claro que «en el fondo» siempre lo había sido, solo que un día se despierta y se entera.

Lo he aprendido poco a poco. Un largo descenso a la vileza.

Piel reseca de serpiente perdiendo las escamas, barriga hinchada de sapo, piernas descarnadas como patas de pájaro, oliendo a chivo, cara de camello, mente de alce enloquecido que los lobos derriban. Cojo, arrastrando los pies, tropezando en las grietas de la acera.

Tengo una pistola.

Horas, días, semanas enteras transcurren sin dolor. En su mayor parte, los desperdicio durmiendo; he llegado a dormir veinte horas al día. Si no, miro por la ventana, deseando atestiguar todo lo que ocurre en este barrio tranquilo, o bajo arrastrándome hasta el río, recurriendo a un bastón, o me quedo sentado contándome historias.

Las mismas historias viejas, siempre sobre «el camino de la vida», el hombre que emprende el camino de la vida lleno de esperanza y de buenos augurios y se adentra en un bosque tenebroso, se pierde en la espesura, despellejado por las zarzas, hasta que al final, merodeando a oscuras, cae por un barranco, se queda despatarrado sobre las hojas secas y las ramas del fondo, moviéndose apenas, y así sucesivamente.

Las enfermedades podrían nombrarse, tienen nombre, no voy a nombrarlas. Esto no va de enfermedades. A no ser que contemos entre ellas la idea de la muerte.

Roy nunca pensó en la muerte, subió hasta ella meneando la cola.

Esto va de trozos, de trozos de papel que no encajan unos con otros. Esto va de desperdicios.

Yo, Harold Nivenson...

En un principio fueron fichas de 13 × 20 ordenadas en un archivador metálico. Luego fueron fichas de 8 × 13 ordenadas en un archivador de cartón fibra. Hubo varios archivadores, en momentos distintos, varios metálicos y luego otros tantos de cartón fibra. Hace unos meses, poco después de la muerte de *Roy*, cuando ya había dejado de andar por ahí como antes hacía, se me acabaron las fichas de 8

× 13. Ahora me las apaño con folios corrientes. Doblo tres veces una hoja, luego la troceo por los dobleces, obteniendo ocho tarjetas de 7,5 × 11 que llevo en el bolsillo, o que guardo en un archivador, o que tiro por ahí.

Cuando me vacío los bolsillos, por la noche, cojo las tarjetas no escritas y las guardo en el alféizar de la ventana, cerca de la cama, donde puedo alcanzarlas si surge algo que apuntar. Las otras, las que sí contenían los apuntes del día, las ponía en el archivador de debajo de la cama. Pero últimamente me ha dado por tirarlas. Fue tras la muerte de *Roy* cuando empecé a tirarlas.

He pasado de un sistema profesional y manufacturado de archivo de fichas a un sistema casero, de aficionado, que de ningún modo llega a verdadero sistema, que se queda en mero almacenamiento por montones o cajas.

Las raras veces en que mi garrapateo llega a cubrir dos, tres, cuatro, cinco fichas o tarjetas, las junto con un clip, para formar un fajo o, más raramente aún, un librito.

No sé cuánto tiempo lleva ocurriendo esto. No recuerdo cuándo murió *Roy*. Estaba en la idea de que había sido el otoño pasado, pero bien pudo haber sido el antepasado. Vinieron dos hombres a bajar mi cama al salón: eso fue el otoño pasado. De manera que la muerte de *Roy* fue el antepasado. Es una cama metálica antigua. La pusieron donde antes estaba el sofá. Ahora el sofá está plantado, él solo, en mitad de la habitación.

Mi guarida, como la llamo ahora, consiste en esta habitación (el llamado salón), un «estudio» contiguo al amplio vestíbulo, un comedor, un pequeño «gabinete», una cocina con trascocina y un porche cubierto al que se accede por la puerta de la cocina. Arriba

hay dos dormitorios grandes, dos más pequeños y un cuarto de baño. El tercer nivel, bajo el techo, es un desván abuhardillado, con las vigas sin pulir, a la vista. El cuarto de baño es más grande que los dormitorios pequeños; las cañerías son antiguas. Abajo hubo otro cuarto de baño hasta que se pudrió el suelo. En la entrada principal hay un vestíbulo. Contra sus paredes hay unos bancos con tapa de bisagra, y percheros en las paredes encima de los bancos. No sé a quién pertenecen las prendas que hay en los percheros. También sombreros.

He arrastrado un sillón —un orejero de terciopelo rojo, con escabel a juego— hasta situarlo cerca de la amplia ventana que hay junto a mi cama. Desde aquí miro el pequeño mundo que ahora considero propio. He dado en sentir que este sillón es el centro de la casa. A partir de aquí hago viajes, recorridos, penosas correrías de largo alcance, los dormitorios de arriba, el cuarto de baño, el porche, a veces el jardincillo trasero.

En los días de sol, los ventanales que miran al sur hacen luminosa la habitación. Por la noche se queda a oscuras y resulta casi insoportablemente depresiva. La iluminación —seis bombillitas tipo vela en una araña de latón y una lámpara rinconera, detrás de un segundo sillón, este de cuero, donde antes me sentaba a leer— apenas contrarresta el techo alto y azul oscuro que se resume a sombra más allá de la araña, el *beis* uniforme del papel de la pared. El amplio comedor, al que se pasa por una puerta de arco, está empapelado de color rojo veneciano y resulta aún más deprimente. Lo llamo el cuarto de la *melancolía*.

Podría, claro, prender las luces que hay en el marco de los cuadros. La habitación quedaría mejor iluminada, pero insoportable en diversos sentidos. La opresiva *proximidad* de tantos cuadros

iluminados, acosándome por todas partes, haría de ella una habitación *imposible*.

Cago y meo en un cubo amarillo de plástico que guardo debajo de la cama y que tengo tapado con un plato grande mientras no lo utilizo. Algunos días, cuando me siento más ágil que de costumbre, subo a la primera planta con el cubo y lo vacío en el váter. Si no, lo vacío en el fregadero de la cocina y utilizo una cuchara de madera para forzar el paso del material por el cernedor del desagüe.

Antes solo cagaba en el cubo cuando me pillaba por sorpresa. Una vez tuve que cagar en la escalera, agarrado al pasamano, pillado por sorpresa. Aquella fue una fase de ideas negras y tripas sueltas. Espero que haya quedado atrás.

Roy era un animal muy limpio. Cuando yo ya no podía sacarlo, aprendió a cagar en el sótano, siempre en el mismo rincón. Yo haría lo mismo si no fuese porque la escalera de bajada es igual de empinada y tiene los mismos escalones que la de subida a la otra planta.

Delante de la casa hay un pequeño ginkgo, y en un poste eléctrico de la acera de enfrente hay una farola municipal. Cuando apago la luz se tiende sobre mi cama una pálida ventana trapezoidal, y en esa ventana, si corre un poco de viento, las sombras de las hojas se mueven en un silencio sepulcral. Extiendo las manos y las hojas se les mueven encima, y es espeluznante que no las note en la piel.

No veo la casa de la profesora Diamond desde mi sillón. Para verla tengo que ponerme de pie y apoyar la mejilla contra el hueco de la ventana. En esa postura veo casi completa una casona victoriana, con adornos como de encaje, artísticamente pintada de rosa y azul. Me resulta incómodo permanecer demasiado rato en esa postura,

de modo que la profesora queda sin observar la mayor parte del tiempo.

La profesora Diamond posee una boca fina, una nariz prominente, los ojos hundidos, el pelo negro peinado hacia atrás con severidad y recogido en un moño, el cuello largo, un cuerpo de Venus senescente. Tiene un rostro esculpido, agradable de ver y depredador. «Aquilino», digamos. No es tan vieja como yo.

Mi casa y la de Diamond son las más grandes de la calle, que sube cinco manzanas hasta la avenida, hasta las campanas dominicales de la iglesia católica de San Esteban y las torres feudales de la Asociación de Jóvenes Cristianos, para luego bajar tres manzanas hasta el parque, con un solo semáforo. Un ciclista que lo pillara en verde podría recorrer la calle, desde la avenida hasta el parque, sin dar a los pedales.

Si nos situamos junto a la vía del tren que bordea el parque, veremos las colinas del otro lado del río. En verano, una bruma entre gris y violeta emborriona los edificios y las colinas lejanas.

Por la noche, cuando hacía calor, bajaba a sentarme en el parque, en busca de alguna brisa procedente del río. A veces, en algún lugar de la otra orilla del río, veía unas luces blancas sobre un estadio de algún tipo, pero nunca logré localizar el estadio a la luz del día, distinguirlo en el revoltillo beis y gris de las demás edificaciones.

Todas las mañanas y todas las noches, hiciera el tiempo que hiciera, me bajaba allí con *Roy*, y a veces seguíamos la vía del tren a lo largo de la orilla. Caminando al borde del agua, mantenía a *Roy* apartado de los cristales rotos, eligiendo un sendero por encima de las rocas. Ya no hay trenes en ese tendido.

Cuando aún había trenes, se les oía silbar durante la noche. En dos ocasiones, durante aquellos años, alguien del barrio se tumbó sobre las vías y un tren lo mató.

Siempre supe qué hacer mientras *Roy* vivió. Un paseo por la mañana, un pis rápido a mediodía, un paseo largo por la tarde, cena a las seis, una vuelta a la manzana antes de acostarnos: una agenda que era como quien dice un programa existencial. Nunca me despertaba con la paralizante idea de *no tener plan*. Cuando salíamos juntos, *Roy* solía marchar unos pasos por detrás de mí, haciendo paradas para levantar la pata u olfatear algo, y alcanzarme luego en una carrerita; pero en un sentido vital más amplio, era yo quien lo seguía, era yo quien se adaptaba a su programa existencial.

Mi vida seguía el camino del perro.

Dirán: «En sus últimos años bajó al nivel perruno».

Cuando murió *Roy*, me dejé ir. Sin ser consciente de lo que ocurría, perdí el agarre. Un día era igual que otro, un minuto era igual que otro. Iba cuesta abajo. Un par de meses después empecé a darme cuenta de lo que ocurría, y desde ese momento, desde el momento en que me di cuenta, empecé a empujarme enérgicamente cuesta abajo. Fui cuesta abajo aposta y acelerando, deteriorándome enérgicamente, hasta quedar hecho una ruina.

En caída, un súbito pánico lo atrapa a uno. Saca uno la mano y agarra el aire. Pero según se va acortando la distancia hasta el suelo, el pánico cede su lugar a la resignación, cuando crece la inminencia de la realidad y las restantes posibilidades encogen, hasta que en el milisegundo previo al impacto, cuando por fin se está cerrando de un portazo la puerta del futuro, lo ocupa a uno un

aburrimiento momentáneo, súbito, inmenso. *O sea que esto era la vida*, piensa uno. Entran ganas de bostezar, pero no hay tiempo.

La casa está muy sucia, más o menos asfixiada en porquería. Ropa que no me pongo, libros que no leo, aparatos que no utilizo.

Dirán: «Vivía en una pocilga».

Miro en derredor, la suciedad y los desperdicios: los vertidos de Harold Nivenson.

El americano medio en el transcurso de su vida media produce siete mil veces su peso en productos de desecho, en vertidos, lo he leído en alguna parte. A este montón de basura inevitable y en cierto modo *natural* yo he añadido mi granito de arena en forma de miles de trozos de papel. Decenas de miles de trozos de papel embutidos en cajones y cajas. No puedo abrir un libro sin que de él no caiga algún papel. No sé qué era lo que esperaba conseguir.

En el sueño estoy boca arriba en la cama. Tengo los ojos abiertos. Me sorprende que esté tan oscuro, me pregunto si no se habrá fundido la farola de la calle. Algo parece ocurrirle a mi corazón, me preocupa mi corazón, de modo que me tomo el pulso. Lo intento durante un buen rato, pero no me encuentro ningún pulso. Alguien se acerca a la cama, se inclina sobre mí, acercándose mucho, como para escrutarme el rostro. «Ayúdame —le digo—. Ayúdame.» La persona no parece oírme y me presiona con suavidad los párpados, cerrándolos. Ya no la veo, porque tengo los ojos cerrados, pero la noto moverse. Se me ocurre entonces que de mi boca no ha brotado ningún sonido. Pienso: Bueno, pues esto es estar muerto. No estoy dormido, estoy inmóvil y consciente, estoy completamente muerto. Experimento una súbita irrupción de pánico ante la idea de que voy

a tener que permanecer despierto «a perpetuidad», de que voy a permanecer para siempre experimentando que estoy muerto.

Este barrio antes era «artístico». Ello lo hizo atractivo para la clase de gente que se ha instalado últimamente. Era artístico y ecléctico, se decía. Antes de eso fue un aburrimiento. Sin clase y aburrido, pero sin llegar a barrio bajo. El hecho de que ahora sea un barrio rigurosamente rehabilitado y de que en tiempos fuera artístico lo hace atractivo para personas como la profesora Diamond, acomodadas, «financieramente sólidas», como dicen, y también ellos mismos artísticos y eclécticos.

No me siento a gusto aquí. Dos decenios de mejora y restauración, y ahora no me encuentro a gusto. Las personas que conocía, las personas con quienes me sentía casi cómodo, han sido depuradas. Las pequeñas fábricas de ladrillo, abandonadas, con sus ventanas altas de montura metálica, los achaparrados almacenes de ladrillos, incluso los antiguos colegios, se han convertido en estudios de lujo, en edificios de lofts para artistas, en tiendas, en galerías, en restaurantes decorados a la moda *industrial*. Las casas sin clase y aburridas, con su pinta de estrecho prejuicio obrero y su sórdida sociabilidad, han sido ocupadas, invadidas por gente dada a la competición, por *profesionales* afables, jóvenes, inseguros, por padres ambiciosos con hijos precoces y protegidos. Las viejas casas en ruinas han sido apuntaladas, rehabilitadas, adaptadas, provistas de nuevas alas, de buhardillas, de miradores, de claraboyas, vueltas a pintar con los colores de los países cálidos en que las personas que ahora las habitan pasan las vacaciones. Las casas han sido objeto de lavados de cara *profesionales* y se han hecho confortables *precisamente para ese tipo de gente*. Según iban llegando nuevos inquilinos acomodados, las casas del barrio alojaban cada vez menos artistas, volviéndose al mismo tiempo cada vez más «artísticas», dando cobijo a un número creciente de galerías de arte,

restaurantes de arte, y otros «establecimientos de arte», sin dejar de perseguir el objetivo inconsciente de la colectividad, el de ser artística cien por cien, y cien por cien acomodada.

Sentado junto a la ventana últimamente he observado que las mismas personas pasan a intervalos frecuentes. Llegan de un lado y al poco rato aparecen por el mismo lado, trazando un círculo, al parecer, o llegando al final de la manzana y dando media vuelta. Es *perfectamente normal*, me digo, que la gente se fije en una casa como la mía, que se distingue de las demás y que tiene que parecerles abandonada, aunque últimamente han estado mirando hacia aquí con más frecuencia, se me ocurre ahora, sentado en mi sillón y mirando por la ventana a tres mujeres que se han parado en la acera de enfrente y están señalando en mi dirección, hablando sobre mi casa, *evidentemente*. Se me ocurre que en este barrio de un nivel tan altísimo mi casa es la única que se mantiene en pie. Doy en pensar que en ella ondea «la bandera de la decadencia». Pintura desconchada, molduras del techo colgando, tejas alabeándose, peldaños rotos, un *armatoste* de tres plantas que se pudre de pie, cerniéndose como una especie de monumento a la mortalidad, una lección edificante sobre el desgaste del tiempo, un mudo reproche a la vanidad que implica hacer mejoras en las casas.

Tendría que haberme largado de aquí hace veinticinco años. Tendría que haberme marchado nada más volver, cuando aún se podía salir, cuando todavía habría sido capaz de hacer algo conmigo mismo.

Con todo mejorando a mi alrededor, a mí me dio por deteriorarme aposta. A pesar de mis evidentes esfuerzos por hacer algo conmigo mismo, he acabado por descubrir que nunca tuve la menor intención de hacer algo conmigo mismo.

Lo que verdaderamente quería hacer conmigo mismo era un desastroso fracaso total.

No siempre fue así. Hubo un tiempo en el que pensé que este era mi sitio. Volvía de un viaje, soltaba la maleta en la puerta y me dejaba caer en mi sillón. Una vez sentado, miraba en derredor y pensaba: por fin en casa.

Ahora, al pensar en mí mismo me llamo «el único que queda», o «el último de la vieja pandilla».

Comprar esta casa fue la mayor locura de mi existencia. Con el dinero que me había entrado inesperadamente, que me había caído como consecuencia de la muerte de mis padres en un accidente muy extraño, compré la casa e hice que la repararan y la pintaran a mi gusto. Invertí en ello una considerable parte de mi pequeña fortuna. La casa, pensé, sería la *plataforma de lanzamiento* de mi nueva vida.

Compré este edificio histórico, pero nunca me he molestado en enterarme de su verdadera historia.

Fue mi final. Creí que compraba libertad, pero compraba cárcel. Compraba cárcel acompañada de una ilusión de libertad. Supuse que con la casa «como base», como la consideraba entonces, podría ir y venir a mi gusto, libre como un pájaro, decía, pronunciándome a mí mismo esta manida frase: «Ahora soy libre como un pájaro». Supuse que tendría libertad para viajar, para salir pitando a las primeras de cambio, pero el hecho fue que la casa *restringió* mis viajes, los hizo tan difíciles que resultaban prácticamente imposibles. Permanecía aquí por la sencilla razón de que aquí estaba la casa, regresaba aquí porque aquí estaba la casa. Sin la casa, puede que siguiera dando vueltas por ahí, caminando

por una playa bajo las estrellas, durmiendo con las ovejas en la ladera de alguna montaña. En vez de viajes que me ensancharan los horizontes, mis desplazamientos se convirtieron en periodos de recuperación, periodos de descanso y recuperación del peso de la casa.

En la universidad estudié agronomía, geología, literatura comparada, historia de China, etcétera. Pensé hacer profesión de cada una de ellas, pero al cabo de poco tiempo siempre había algo nuevo que las descartaba. No es que las dejara en el sentido de abandonarlas: seguía activamente comprometido con ellas cuando algo las apartaba, cuando quedaban reemplazadas por algo que de pronto se me antojaba más interesante. Esta *volatilidad*, que para mí significaba estar abierto a la innovación, a los demás les parecía frivolidad, aunque, de hecho, era una incapacidad paralizante. Mientras seguía la senda de la vida, como suele decirse, me perdía una y otra vez en la maleza de los bordes. Comprar esta casa, ahora me doy cuenta, fue un modo de atraparme a mí mismo, porque, ocurriese lo que ocurriese en el futuro, aquí había algo que me tenía retenido.

A veces lo veo como un intento de enterrarme vivo.

Pensé remodelar por completo el interior de la casa, pensé imponerle mi *sello*, pero tras dieciocho meses de trabajos de reparación y de pintura perdí por completo el interés, también en eso, y en lo de imponer mi sello no fui más allá de cambiar el papel de las paredes y sustituir la chimenea neoclásica del salón por una chimenea de mármol estilo barroco italiano.

Pensé que colgar cuadros en cada palmo de las paredes haría que mi casa pareciera la de Gertrude Stein en París, con cuadros cubriendo cada palmo de la pared e incluso del techo. En aquellos

tiempos, la casa de Gertrude Stein era superior a cualquier museo o galería del mundo, como exposición de pintura contemporánea. En la época en que colgué mis cuadros me consideraba una persona de excepcional buen gusto, una persona que estaba al corriente de las tendencias artísticas y que no se dejaba engañar fácilmente por los charlatanes del gremio. La casa no parecía una galería de arte, estaba demasiado atestada para parecerlo, era evidentemente una casa de *coleccionista*, pensé. Era más bien como un almacén de cuadros. Muchos de esos cuadros los compré con fondos de mi pequeña fortuna, otros me los regalaron sus autores, en agradecimiento por mi apoyo, otros se los habían dejado abandonados en la casa algunos de los artistas que pasaron por ella. Entonces me parecieron cuadros de vanguardia, innovadores, totalmente excepcionales, pero ahora me doy cuenta de que son imitaciones anticuadas, pasadas de moda, carentes de originalidad, de un estilo de vanguardia que a su vez ya está totalmente pasado de moda y de época. Cuadros que ya ni siquiera miro, que soy incapaz de mirar con ojos nuevos, que se han hundido en la pared, confundiéndose con ella, que se han vuelto psicológicamente indiferenciables del empapelado.

La pistola está en una caja, debajo de la cama, una Smith & Wesson cromada, calibre .38 especial que compré cuando el barrio aún se consideraba peligroso. Me compré la casa y antes de mudarme compré el revólver.

Reduciendo la velocidad, la señora de los periódicos lanza por la ventanilla del coche un ejemplar que aterriza en el jardín delantero de la casa de enfrente. Luego, cuando vuelva de su trabajo, el dueño lo recogerá y procederá a extraerlo de su bolsa de plástico azul mientras sube la escalinata delantera de la casa. Entrará, abrirá las persianas, se sentará en el sillón de al lado de la ventana, y se pondrá al corriente en lo relativo al estado catastrófico en que se

halla el planeta, la repugnante progresión, por llamarla de algún modo, de la especie humana, que está matando la Tierra, pero sin que nada de ello le penetre en la mente, haciéndole imposible seguir viviendo.

Que puedan continuar así, que él y su cohorte, como los llamo yo, puedan vivir de tal modo en la ceguera, es una señal de sentido común básico, de la *robusta salud* que poseen, me digo.

Aventuras de un bastón: me apoyo pesadamente en él hasta hacerlo gritar, como quien dice, a no ser que me encuentre mejor, porque en tal caso lo asesto por delante de mí, con un violento ademán de apuñalar a alguien, bajándolo con tanta fuerza que el golpe hace vibrar la acera, mientras que en los días intermedios, ni buenos ni malos, me da a veces por arrastrarlo en pos de mí, como la cola gacha de un animal.

Dirán: «Arrastraba el pie derecho, todo tieso, como un bastón. A veces también arrastraba un bastón».

Han traído mesas de todo el parque y las han colocado unas contra otras para un pícnic bajo los robles, y ahí siguen sentados, charlando, con el codo apoyado en los desperdicios, mientras los demás, jóvenes de ambos sexos, juegan al fútbol toque en una cercana pradera sin vallar. Con los ojos muy abiertos, sonrientes, ágiles en el andar, cuerpos sanos, se llaman unos a otros, se dan empellones, agitan las manos en el aire, gritando «pásamela, pásamela». Cuando miran en mi dirección, hacia donde estoy yo mirando, en el camino empedrado, sus ojos no se detienen en mí. Tranquilamente, más allá de sus gritos y llamadas, por entre los árboles, el río destella bajo el sol de abril. Me aparto del camino, ando hacia el río, metiéndome en el partido, y dejan de jugar, hacen un alto y permanecen ociosos, de buen talante, charlando, mientras

yo cruzo el claro siguiendo la línea de demarcación, pinchando la tierra con el bastón.

De niño era un gordo sin gracia, miope y sucio.

¿Saben ustedes lo que es estar a merced de un sádico? ¿Ser pequeño y estar a merced de unos gigantes, que pueden bajar una cuchilla y cortarte la cabeza de un tajo o ponerte una bota asquerosa en el cuello y aplastarte la cara contra el lodo, si les da por ahí? Seguramente no. No pueden ustedes imaginar, por tanto, lo que ocurría en los pasillos con revestimiento de madera y las alcobas fluorescentes del colegio privado y caro al que me condenaron de pequeño.

No todos los profesores se manifestaban en actos de crueldad y humillación explícitas. No todos ellos, de hecho, *disfrutaban* haciendo desfilas a su víctima trémula ante una multitud que se reía con disimulo. Los otros, los más blandos, los *indiferentes*, te enviaban, teniéndote a su merced, por lo gordo y lo miope y lo mucho que dependías de ellos en cuanto a protección, al patio a que te apedrearán entre abucheos, a permanecer ahí de pie mientras te lapidaban. Ahora, cualquier profesor que se comportara así acabaría en la cárcel.

Aún hoy se me sigue haciendo un nudo en la garganta, se me sale el corazón por la boca y sudo y me cuesta trabajo respirar, solo con pasar cerca de un colegio, como temiendo que una piedra de buen tamaño me llegue volando por encima de la valla. Año tras año estuve a merced de profesores cuya idiotez e incompetencia solo tenían parangón en su crueldad. Es sintomático, nada podría ser más revelador y sintomático y a fin de cuentas condenatorio que el hecho de que hoy en día no sea capaz de recordar el rostro de uno solo de mis torturadores. Recuerdo los más triviales detalles de las

varias aulas en que estuve confinado año tras año —el color y la textura de las paredes, la forma y el tacto de los pupitres y las iniciales en ellos grabadas, la disposición exacta de las ventanas, la dirección de la luz que entraba por ellas, la precisa localización del calendario y del reloj—, pero delante de la pizarra se alza una figura vestida de negro (creo que ninguno de mis profesores iba de negro), con una larga regla en la mano, que utilizaba para golpearnos repetidamente, la forma negra de una persona desprovista de rostro. En vez de cara lleva sobre los hombros un espectral óvalo blanco.

Pasan bajo mi ventana todos los días de la semana, en filas o grupos pequeños, los niños, camino del colegio, gritando, dándose empujones, girando sobre sí mismos y andando hacia atrás, a veces. Mi atención se concentra en el más periférico, el rezagado, el que marcha pesadamente tras los demás, sin acercarse demasiado a ninguno de ellos, no *con* ninguno de ellos, un niño solo, cabizbajo, arrastrando los pies, abrumado bajo el peso de su cartera llena de libros, con los hombros recogidos casi hasta las orejas. Un niño desmedrado, feo, desprovisto de atractivo.

Con frecuencia he pensado que por supuesto, que es posible, incluso probable, que las más de las veces las personas felices estén haciendo como que son felices. Es probable, científicamente considerado, que su supuesta felicidad sea en el fondo una elaborada superestructura de evasión y negativa, algún tipo de mecanismo darwiniano de supervivencia, una falsedad genética destinada a evitar el suicidio de la especie. Tal es indiscutiblemente el caso de los que parecen más felices, los que tienen, por virtud de su éxito social o comercial o artístico un interés especial en parecer más felices que nadie, cuando, de hecho y en secreto, son las personas más desdichadas que hay. De hecho, la felicidad *profesional* de estas personas las priva hasta del nimio solaz que de otro modo pudiera derivárseles de una exhibición pública de su

desgracia. Tiene que haber muchos casos en que la felicidad solo sea posible sobre la base de algún tipo de enfermedad mental.

Ni que decir tiene que no me estoy refiriendo a la masa de individuos corrientes, equilibrados, supuestamente felices. Hablo de la flor y nata de esa masa, en la que estaría incluido Peter Meininger.

A mí también me lanzaba el periódico la repartidora, a veces a los arbustos de al lado de la escalinata, de donde tenía que sacarlo con un palo, o dejar que se fuera deshaciendo bajo la lluvia. El año pasado subieron el precio, lo doblaron casi, y no renové la suscripción. De todas formas no lo leía. *Roy* se sentaba encima de las hojas desplegadas cuando dejé de sacarlo con regularidad, antes de descubrir el sótano. Ha pasado un año y todavía hay pedazos de papel por ahí pegados, y también en los arbustos de al lado de la escalinata.

Siempre he tenido el don de olfatear las desgracias, unas antenas que captan las menores reverberaciones de sufrimiento, el paso fugaz de una sombra sobre un rostro, la inflexión apenas perceptible en una voz, el tirón infinitesimal de una comisura de la boca. Este talento, que a duras penas implica compasión por quienes sufren (personalmente me importan un rábano todos ellos), crea una especie de vínculo. El hecho es que me *interesan*. La mujer de enfrente, por ejemplo, que parece enferma, y que por mí como si se cae muerta mañana mismo, me *fascina*. Permaneciendo en la orilla, sin correr riesgo alguno —no tengo la menor intención de lanzarme al rescate— me entretengo viendo cómo se ahoga.

El júbilo y el alivio inmenso que un cautivo liberado debe de sentir al abandonar la cárcel, aunque diferente en grado, son de la misma

índole que mis sensaciones cuando me veo liberado del aburrimiento.

¿Para qué sirve un artista menor? ¿Qué justificación, qué *excusa* posible tiene? Los desperdicios, las montañas de *productos de desecho* que generan los supuestos artistas, los autodenominados artistas, que no tienen nada de artistas, que son meros profanadores de la idea del arte. En vez de artistas deberían llamarse *mancilladores*.

Cuando digo menor no quiero decir desconocido. Así, por ejemplo, los más famosos pintores de hoy en día son también los más menores, igual que los más famosos escritores son también los más insignificantes. Son, de hecho, artistas *minúsculos*. Siempre ha sido así, los insignificantes, los inflados y vacíos suben de modo natural e incluso inevitable hasta lo alto, y los más densos y significativos se hunden inevitablemente hasta el fondo, por lo menos al principio, y no hay nada que hacer al respecto.

No incluyo a los artistas llamados comerciales, que están en el negocio del espectáculo pero que en modo alguno son artistas.

Cuando hablo de artistas menores me incluyo a mí mismo, claro.

Dos libritos, dos *panfletos* juveniles escritos hace treinta años, que no puedo hojear sin ruborizarme: un ensayo sobre Balthus, una «valoración» aburrida, pretenciosa, crítica, de Balthus —como si fuera posible *medir* a Balthus— y una recopilación de «meditaciones artísticas» ostentadamente improvisadas y absolutamente repletas de prosa *poética* juvenil.

Los menosprecio ahora para manifestarme superior a ellos, pero en su momento me llenaban de grandiosas ilusiones.

En lugar de una obra artística tengo el hábito de las fichas.

Pude vivir como artista menor gracias a mi fortuna independiente, mi pequeña fortuna independiente me permitió ser un artista menor durante la mayor parte de mi vida. Un artista menor *literario*, en mi caso.

Nunca lo admití, por supuesto, nunca reconocí ser artista, de ningún modo. No tras los primeros años, en los que fui, de hecho, un artista juvenil menor. A diferencia de otros supuestos artistas, nunca alardeé de ser artista, y menos aún de ser un artista literario. Era un artista secreto. Durante la mayor parte de mi vida adulta fui coleccionista de pintura, por una parte, y artista menor oculto, por otra. No lo reconocía porque no aceptaba la condición de artista menor, lo que consideraba la *desgracia* del artista menor. Podría haber sido un artista menor exitoso, pero fui, por el contrario, un fracaso como artista mayor. Fui un fracaso oculto como artista mayor. Ocultando al artista podía ocultar el fracaso.

El caos de mi niñez —la estupidez letal para la mente y para el alma de la cultura de mi niñez en los años cincuenta, la cultura sin terminar, de clase media, santurróna, satisfecha de sí misma, que en su meollo estaba hueca y servía en realidad para destruir el verdadero talento, que odiaba todo lo diferente o intelectual o foráneo, una cultura que mis padres y todos mis conocidos respiraban del mundo que los rodeaba, que los rodeaba por completo como un gas venenoso que absorbían con cada alentada — me dejó tan herido que a los demás, supongo, tengo que haberles parecido casi un loco.

Me abrumaban los objetos artísticos. En presencia de objetos artísticos auténticos me sentía pequeño, me veía obligado a

sentirme pequeño, me sentía *reducido* ante ellos. Fingía enaltecerme, incluso exaltarme, y me exaltaba, pero también me sentía humillado. No pude llegar a artista menor exitoso porque me abrumó el arte mayor, no pude practicar el arte posible porque me paralizaba el arte *imposible*.

Siempre supe que la cultura de mi niñez me había herido, que me había destruido como quien dice. Le eché la culpa de mis infortunios, cuando, de hecho, ahora me doy cuenta, yo solo me los granjeé.

En mi intento de afirmarme, consideré la posibilidad de deshacerme de mí mismo. A mi manera, pueril y romántica, consideraba mi muerte algo *emblemático*. Me fascinaban los suicidios de los grandes artistas. El de Hart Crane, por ejemplo, exclamando «Adiós a todos», antes de saltar al mar desde la popa de un vapor. Estaba 270 millas al norte de La Habana, de regreso a Estados Unidos tras un año en México, donde no había escrito nada. Y el de Vachel Lindsay, bebiéndose una botella de desinfectante Lysol. Sus últimas palabras fueron: «Trataron de agarrarme, pero los agarré yo a ellos antes».

En realidad no hay nada más risible que un artista menor, un discapacitado artístico o productor de desechos artísticos inútiles, quitándose la vida por haber fracasado en el arte. Quizá en su propio estudio, en mitad de su propio *desbarajuste*, de sus *excrecencias*, de todos los *detritos* en que tanto de sí mismo invirtió y que nunca le importarán un rábano a nadie.

Sé desde hace mucho que mis gustos artísticos están pasados de moda y son ridículamente románticos. Ahora me doy cuenta de que mis cuadros —que junté a lo largo de diez años de adquisiciones pacientes, que consideré cien por cien de vanguardia— eran ya, de

hecho, «descartes históricos». Ahora me doy cuenta de que no tienen valor alguno, de que son básicamente pintarrajos sin valor. Si no me faltara la fuerza física, los tiraría todos. Alquilaría un contenedor, lo situaría delante de casa, y lo llenaría con los cuadros. Supongo que si lograra hacer eso me sentiría inconmensurablemente mejor, que estaría curado, como quien dice.

Soy —seré el primero en reconocerlo— el mancillador número uno.

No fue del todo culpa mía. Al principio y, de hecho, durante años después del principio, durante decenios después, me *interrumpían* constantemente. Los interruptores acampaban en mi casa, se me comían la comida, dormían en todos los cuartos, en sofás, en las alfombras; durante las noches de verano abarrotaban el porche. Siempre tenía a alguien alrededor, debajo de los pies. Me levantaba por las mañanas, creyéndome solo, con intención de ponerme a trabajar ese mismo día; entraba en la cocina y me encontraba con tres o cuatro de ellos a la mesa. Les daba de comer, los albergaba, les daba dinero a cambio de cuadros. Me consideraba un protector de las artes, un *mecenas*, cuando, de hecho, era una de esas personas corrientes que invierten en algo a ver qué beneficio les produce. Me consideraba algo así como el centro del torbellino artístico, cuando en realidad me estaban cercando como hienas.

Venían por Meininger, venían de todos los rincones del mundo por él. No solo de Europa: de Turquía, de Israel, de Brasil, de Japón. Acudieron a cientos durante los tres años que pasó en mi casa. La gente que siempre estaba a mi alrededor, la gente a quien de veras quería *mantener* a mi alrededor, la gente a quien le consentía todo, incluso cuando la trataba con la máxima hostilidad, me impidió crear nada que no fuesen trozos.

El primer cuadro que destruiría es el más destacado, el *Desnudo en una tumbona* que cuelga en la pared de encima de la repisa barroca. Los colores chillones con que el pintor ha reproducido la figura verdaderamente clásica del desnudo femenino, el modo en que la sitúa en medio de una basura comercial que, de hecho, está a la vista y que la *define*, la mesa cubierta de supuestos productos de belleza, el agua de la piscina, detrás de la mujer, que parece tóxica, en su momento me resultaron atractivos justo porque a casi todo el mundo le parecían totalmente insultantes. Los horribles colores acrílicos, el modo en que los detalles del cuerpo de la mujer, de esta mujer tan clásicamente *bella*, se reproducen con blandura, incluso borrosos, con excepción de los pechos y el sexo, que se reproducen en un estilo fotográficamente realista, convirtiéndolos en el verdadero *foco* de la obra, haciéndolos, de hecho, *obscenos*, me hicieron pensar que estaba ante un cuadro verdaderamente osado, aunque ahora me dé cuenta de que es un cuadro corriente y moliente, sin más, una muestra rigurosamente aburrida de arte juvenil.

Nunca cierro las persianas —hay una rota, de todas formas—, y cualquiera que mire desde fuera gozará de una visión perfecta de mi pared de cuadros. En el centro, directamente sobre la repisa, verá el enorme desnudo de Meininger. Quien mire por la ventana durante la noche lo primero que verá será este cuadro insultante y desdeñoso. Con la luz del marco encendida, sobre todo cuando el resto de la sala está en la oscuridad, el cuadro queda, como quien dice, en plena acera.

Peter Meininger nunca se refirió a la repisa llamándola repisa, ni siquiera borde de la chimenea. Cuando la mencionaba, siempre era la repisa *Nivenson*. La factura de la luz, decía, está en la repisa Nivenson. Lo hacía, me daba cuenta, para hacerme comprender que estaba tirando miles de dólares tontamente.

La mujer del desnudo de Meininger, la que aparece rodeada de basura plástica, tiene una campanilla de plata, una pequeña campanilla de plata de sobremesa, sujeta entre el pulgar y el índice, como si estuviera a punto de utilizarla, como si fuera a llamar a un criado. La expresión dura, despreciativa incluso, del rostro de la modelo, su postura en la tumbona, la posición de las piernas, la mano... Meininger pretendía evocar imágenes de la *Olympia* de Manet, para poner de manifiesto la prostituta decimonónica que subyace en esta *ama de casa* americana moderna.

Para no ver el cuadro cuando estoy en la sala, es decir, siempre, como aquel que dice, tendría que cerrar los ojos. Incluso sentado en el sillón lateral de delante de la ventana, de espaldas a la repisa, lo veo reflejado en los cristales oscurecidos.

Moll ha vuelto, llegó de noche. Estoy pensando en Meininger y aparece ella, como el ruín de Roma.

Abro los ojos. Moll ha encendido la luz de la cocina, que envía una astilla de luz por debajo de la puerta que da al comedor, y ahora está colándose aquí subrepticamente, con la esperanza de no despertarme. Desde la cama la oigo abrir y cerrar cajones y armarios con mucho cuidado, el súbito rechinar de una silla sobre las baldosas. Estará utilizando la silla para subirse en ella a registrar la parte de arriba de los armarios, con la esperanza de que yo siga guardando dinero ahí.

La luz de la cocina se apaga. Mientras cruza el comedor, tanteando en la oscuridad, tropieza con la silla de ruedas, la aparta con brusquedad, refunfuñando por el esfuerzo: la silla tiene el freno puesto. El ruido la ha asustado y se queda quieta durante un rato. Noto que está ahí, rígida e inmóvil, creando una tensión en el aire,

sin respirar apenas. Está dejando que los ojos se le habitúen a la oscuridad.

Se aproxima, haciendo crujir el suelo de la sala, y se sitúa junto a mi cama, mirando hacia abajo, respirando pesadamente por el esfuerzo con la silla, por la tensión. Yo me hago el dormido, la miro con los ojos entornados. A la luz de las farolas callejeras, parece más grande. Está de espaldas a la ventana, su rostro queda en la oscuridad.

«Sé que estás despierto», me dice, con una voz que brota de la oscuridad. Yo no digo nada. Sigo con los ojos entornados, mirándola por la rendija.

La veo vagamente, rebuscando en el aparador. Abre cajones, mete la mano hasta el fondo de cada uno de ellos. Levanta la tapa de una caja china, se echa las monedas al bolsillo. Un momento de embarazoso tintineo mientras vuelve a colocar la tapa en su sitio.

«Ahora vete», le digo.

Como si no hubiese hablado, como si estuviera sorda.

Se dirige a la escalera, se agarra a la barandilla, se va aupando por los peldaños. Lleva algo en la espalda, una mochila, me figuro. Un clic en el rellano, ahí arriba, y la luz llena la escalera, alumbrando la masa de caoba oscura del aparador de abajo, cuyos cajones saqueados han quedado abiertos, haciéndolo parecer una bestia de muchas lenguas. Arriba chirría el entarimado, suenan puertas. Ya no le importa hacer ruido. Una alfombra del rellano superior se ondula, se pliega y cae dando tumbos por la escalera, hasta quedar quieta al pie, en un montón inclinado.

Permanezco largo rato despierto, escuchando. Corre el agua en el cuarto de baño, suena la cisterna del váter, se apaga la luz del rellano, cruje el entarimado del dormitorio pequeño, el que está directamente sobre mi cama.

Ahora no oigo nada. De vez en cuando pasa un rápido coche por la calle; los faros barren paredes y techo. En algún sitio, allá lejos, silba y traquetea un tren. Me trago dos Vicodin, con leche de una botella de plástico, y me despierto a pleno sol, con un cardenal que gorjea desde un árbol del exterior.

Una cálida sábana de luz yace sobre la cama. La habitación está muy brillante.

En vida de *Roy*, bajaba nada más despertarme, y él acudía desde su rincón, meneando la cola. Yo me acercaba a la ventana y miraba y decía: «Hola, mundo», en voz alta, a veces, por decirle algo a *Roy*. A él le daba igual lo que fuese. La voz de su amo.

Moll se cierne sobre mí, queriendo saber dónde está el resto del dinero. Le digo que ya lo ha encontrado todo. Se inclina y me pellizca un muslo.

Desde mi sillón, la oigo en la cocina.

Me trae sopa en un tazón. Sopa de verduras, en trocitos blandos. Se sienta en el sillón y me observa. Ha ensanchado, se ha puesto *obesa*, lo cual hace que sus pálidos ojos almendrados parezcan más pequeños. Lleva una bata de flores, y se le nota el bulto, el tamaño de los hombros caídos, las muñecas gruesas, y las manitas con hoyuelos. Le devuelvo el tazón. He dejado los guisantes en el fondo. La veo mirar. Se coloca el tazón a la altura de la barbilla y lo escruta. Yo le digo: «No como guisantes».

De vuelta junto a la ventana, observo el paso de la profesora Diamond, muy tiesa y muy erguida, con el casco puesto, en su bicicleta de guardabarros negros, con el maletín sujeto en el trasportín trasero mediante un pulpo en equis, con un timbre cromado en el manillar.

La profesora Diamond ha escrito libros. Entre ellos hay novelas. No he leído sus libros. No conozco a la profesora Diamond. Se mudó aquí el otoño pasado, pillándome descuidado. Me he cruzado con ella en la acera. No me identifica como alguien conocido. Sé que se llama Enid.

Vino un artículo sobre ella en el periódico, el invierno pasado, con foto. Gracias a la foto sé que la mujer de la casa grande de estilo victoriano que hay en mi calle es la profesora Enid Diamond. Se la ve con un grupo de alumnos bajo el portal gótico de la universidad. Los alumnos sonrían, parecen atentos. Diamond sostiene un maletín estrecho en una mano, y levanta la otra. Está hablando, está *perorando*, creo, perorando en tono autoritario, me parece, y gesticulando. El maletín de la foto es muy fino, como quien dice una carpeta, de algún material blando, cuero o vinilo, pero el que lleva en la bicicleta es duro, es una caja negra y con asa, de tapa articulada. La profesora Diamond posee (como mínimo) dos maletines. Quizá lleve el pequeño de cuero dentro del de plástico duro, para resguardarlo cuando va en bicicleta.

La limpieza es infernal. Moll ha encontrado un aspirador en algún sitio y lo arrastra por la casa con furioso vigor. Y todos los días descubre dineritos frescos. Por miedo a los ladrones repartí mis reservas, escondiéndolas en sitios diversos, y hace mucho tiempo que no recuerdo dónde pueden estar los montoncitos. Huyendo del ruido, salgo a sentarme en la escalinata delantera. Llevo la manta

conmigo, me cubro con ella los hombros, por el frío de primera hora de la mañana.

Los días entre semana el barrio está de lo más raro y alienante, como si alguien hubiera pisado un hormiguero. Salen del nido, a toda prisa, tambaleándose en dirección a la calle, con las mandíbulas ocupadas en las últimas migajas del desayuno, desplegando las antenas. Brotan de los garajes. Se meten en los coches aparcados. Ajustan los espejos, las radios, los auriculares. Caminan en fila india hacia la parada del autobús de la esquina. Los autobuses aterrizan, las puertas se abren, la gente se mete a empujones, las puertas se cierran, los autobuses despegan, rugiendo. El humo del diésel se riza y flota por la calle. Van excitados, torvos, resignados, con esperanzas, con una prisa terrible, cargados de mochilas, maletines, con cables colgándoles de las orejas. Balanceando los brazos, adelantando la cabeza, con los ojos clavados en el futuro. En días como este, cuando hace bueno, integran una *multitud feliz*, me parece a mí, acurrucado en mi manta, en la escalinata. Me hacen pensar en los enanitos felices de la película de Walt Disney, estoy esperando que en cualquier momento se pongan a cantar. Casi todos los días me impresiona lo *intensos* que son, lo *animosos* que van, lo *a gusto* que se encuentran en el mundo laborable. En esos momentos me siento muy lejano, intelectualmente, de la gente. No tengo ningún conocimiento instintivo de tal mundo. No hay nada en mi pasado que me haya equipado para comprenderlo.

Rodeado de gente así, a veces me considero *el último hombre cuerdo*.

Cuando aún me juntaba con ellos —con la gente así— en alguna reunión de vecinos, en alguna cena o merienda de jardín, cuando aún iba de vez en cuando a tales eventos, forzándome a asistir,

cuando aún conocía a unas cuantas personas de por aquí, aunque ya entonces odiaba ir, la primera pregunta que me hacían, a los pocos minutos de conocerme, era siempre: «¿Y tú a qué te dedicas exactamente?», o algo por el estilo, como si de veras les interesase la actividad en que ocupaba mis horas todos los días, cuando lo que de veras querían decir era: «¿Y tú de dónde sacas el *dinero*, cuál es tu *fuentes de ingresos*?». La gente así siempre supone que la respuesta a esta pregunta les dirá quién soy exactamente, si soy un *tipo extraño*, en cuyo caso perderán todo interés en mí, o *alguien como ellos*, en cuyo caso, hablando en términos emocionales, se pondrán de mi lado. Nunca empiezan por preguntarme algo que en realidad pueda decirles algo sobre quién soy. La pregunta sobre cómo me gano la vida es la cuestión primordial, están obligados a hacérmela, obligados a definirse ellos, a definirse unos a otros por la actividad que les destruye la mente y el alma y que las circunstancias materiales los obliga a ejercer, aunque siempre he pensado que no son tanto las circunstancias materiales, la auténtica *necesidad*, como la muy generalizada ideología de la *acumulación*. *Tienen* que definirse así, para no reconocer que lo que hacen un día sí y otro también va, de hecho, en contra de ellos mismos, que, de hecho, están destruyéndose en el proceso.

Fundamentan su identidad en el trabajo, en su empleo o profesión, especialmente su profesión, o si no en los hobbies, que por su parte son formas de trabajo falso. Yo soy único en lo de *no tener trabajo*, en no estar ni siquiera *retirado* del trabajo, lo que implica que para ellos no tengo identidad clara, ni personalidad definible, que soy inquietantemente *ambiguo*. De lo cual deducen que soy reservado e indigno de confianza. Cuando me preguntan que qué hago exactamente y yo les contesto que nada, no saben cómo seguir.

Ni que decir tiene que llevo la vida entera remoloneando, que mi vida podría muy bien valer como ejemplo extremo de completa

irresponsabilidad. Una vida fácil, realmente, soy el primero en reconocerlo.

Objetivamente considerado, es para sorprenderse que todo ello me haya procurado tan escaso placer.

Desde el principio me resultó difícil, debilitante y doloroso, trabajar para otros, con otros. Según pasaron los años me fue resultando cada vez más difícil trabajar *en la cercanía* de otros, hasta que también esto último se me hizo imposible. Los demás se daban cuenta de que no tenía grupo, y se lo tomaban mal. Les parecía inquietante porque no llevaba esa limitación conmigo. Se daban cuenta de que a mi alrededor no tenía a nadie dispuesto a ponerme la mano en el hombro en el último minuto, susurrándome algo al oído, instándome a que me lo pensara bien. Ellos no piensan, son incapaces de pensar, pero perciben el peligro que supone alguien cuyas ideas tienen permiso para seguir adelante sin restricción, se sienten incómodos en presencia de alguien habituado a pensar las cosas hasta el final, hasta su conclusión más bien lógica que emotiva, alguien que no deja de pensar en cuanto alcanza un punto en que se siente cómodo, o eso he creído siempre. Las ideas, sin control, o se ponen a dar vueltas como serpientes mordiéndose la cola o se lanzan hacia delante como proyectiles, y acaba uno volviéndose loco o matando a alguien, pienso ahora.

La dificultad que experimento para estar con otras personas, la incomodidad que siento incluso en un grupo reducido, procede del hecho de que veo sus almas, pienso a veces. En todo caso, imagino que veo sus almas, y padezco las consecuencias.

Moll introduce a mi hijo por la puerta de la cocina: un *caballero* calvo, de edad mediana, de clase media, a quien inexplicablemente llamo hijo, a pesar del hecho evidente de que si nos encontráramos

por la calle, sin conocernos, no tendríamos nada que decirnos. Ya cuando era pequeño y venía a pasar unas semanas aquí, todos los veranos, tampoco teníamos nada que decirnos. Me encuentran en mi sillón, arrebuñado en mi manta hasta la barbilla. Él acerca la mecedora tapizada. Moll se sienta en la cama. Hablamos, y empieza a balancearse. Pequeñas oscilaciones rápidas. *Zarandea* la mecedora. Al darse cuenta de lo que está haciendo planta firmemente los pies en el suelo para detenerse, pero dos minutos más tarde ya está otra vez con el zarandeo. Quiere que un experto en arte valore mis cuadros. Los llama expertos en arte, pero en realidad son maquinadores de métodos para evadir impuestos, cuando no directamente amañadores de subastas, le digo.

Eso lo han urdido juntos.

Lo llamo Alfie, a mi hijo. En realidad no se llama Alfie. Lo llamo así porque se parece al Alfie que protagoniza la película de tal nombre. Al actor que hace de Alfie. He olvidado el nombre del actor, de modo que pienso *Alfie*, consciente de que me refiero al actor. Mi hijo se llama Sidney. Su madre, a quien apenas conocí y apenas recuerdo, le puso Sidney a mis espaldas.

Deben de haberse quejado los vecinos otra vez. Esta mañana he visto dos hombres en la acera de enfrente. Estaban uno al lado del otro estudiando un papel que uno de ellos sostenía de modo que ambos pudiesen verlo, con las cabezas casi tocándose: un plano, o incluso una citación, pensé. De vez en cuando miraban en dirección a mi casa, y luego otra vez al papel. Típicos funcionarios municipales, inspectores de urbanismo o de zona, algo así, «verificando datos», pensé, apartándome de la ventana. Me senté en el sillón de cuero del rincón, donde no podían verme, esperando que me aporrearán la puerta en cualquier momento. Cuando volví a echar un vistazo ya se habían ido, se habían esfumado en el aire.

Seguro que me había pasado inadvertido el automóvil, seguro que se subieron al automóvil y se marcharon mientras yo esperaba que llamasen a la puerta. El hecho de que se hayan marchado sin llamar no ha contribuido en nada a aliviar mi angustia. Si de veras hubiesen llamado a la puerta y me hubiesen amenazado, como ha ocurrido en el pasado, avisándome en tono muy adusto de una multa inminente o incluso, en potencia, de una corta condena de cárcel, por violación de alguna ordenanza municipal insignificante, habría sabido solventar el asunto. Ahora, en cambio, me enfrento a una vaga amenaza ante la cual no tengo la menor idea de cómo defenderme.

Una oscura ordenanza cuya existencia nadie conoce siquiera. Hay cientos, o incluso miles de tales ordenanzas que ningún ciudadano conoce y que pueden usar contra ti en cualquier momento. De hecho, estamos totalmente cercados por ellas, pensaba, en mi sillón, esperando que aquellos individuos volvieran a aparecer y poniéndome más nervioso a cada rato que pasaba. La gente sigue sus comportamientos cotidianos sintiéndose libre, pensé, cuando, de hecho, está siendo conducida por esos miles de ordenanzas diminutas. Nos vemos atrapados en una red de estatutos, de edictos, de ordenanzas ante los que estamos indefensos, como quien dice, porque oponerse trae invariablemente como resultado el enmarañamiento total. Al final, los afectados se convierten en personas de las que solo saben hablar de sus agravios, que no desaprovechan ocasión de despotricar contra las autoridades municipales, que terminan pasándose la vida en los juzgados de primera instancia, en una lucha infructuosa, hasta quedar arrinconadas para siempre.

Me trae sopa. Permanece en pie junto a la cama, cabizbaja, mirándome desde arriba, con un mechón de pelo gris tapándole uno de los pálidos ojos, sosteniendo el tazón mientras yo desembarazo

las piernas de las sábanas para sentarme erguido al borde de la cama, con los pies descalzos en el frío suelo. Encuentro un pelo largo en la sopa y se lo enseño, levantándolo. Le digo: «Si estuviéramos en un restaurante, te obligarían a ponerte una reddecilla». Ella dice: «Si estuviéramos en un restaurante, te pondrían de patitas en la calle, con esa pinta, ahí sentado con esos calzoncillos manchados de pis. No eres un espectáculo muy agradable, la verdad». «Nadie te obliga a mirar», le digo.

«Estás contemplando la ruina de lo que antaño fue un hombre», le digo. Me contesta primero con un gruñido y luego dice: «Tómame la sopa, anda». Me la tomo, mientras ella me observa sentada en el sillón. Le tiendo el tazón vacío. «Ahora ya puedes volverte a la cocina.» Mientras se aleja, le arrojo una rebanada de pan y le atino en mitad de la espalda. Tendría que haberse quedado calva, a estas alturas, con la cantidad de pelos que he encontrado en la sopa.

Roy perdió mucho pelo antes de morir. Moll ha pasado la aspiradora por los sillones y el sofá, en ambos sentidos, hacia atrás y hacia delante, por la tapicería, intentando quitar los pelos.

Sueño que vuelvo a estar muerto. Yazgo desnudo sobre una mesa de acero. En el sueño oigo la palabra *camilla*. No me hace falta salir del sueño para saber que eso no es una camilla. Hay mucha luz en la sala, una luz que en el sueño califico de *antiséptica*. Mirando hacia arriba veo hileras de tubos fluorescentes en el techo. Las paredes verde pálido son de hormigón pintado. Oigo las palabras *verde mórbido*. Me sujetan a la mesa unas anchas correas de cuero, de lado a lado del cuerpo, *como al monstruo de Frankenstein*, me digo en el sueño. Alzando la cabeza —me cuesta un enorme esfuerzo levantar la cabeza— veo que he recuperado mi cuerpo de joven, y que se ha vuelto de un color verdoso repugnante. Es

porque estoy muerto, me digo. En el sueño me acuerdo del Cristo muerto del pintor Mantegna.

Últimamente escribo en letras mayúsculas. Mi intención es hacerlas puntiagudas, pero me salen inconcretas y ondulantes. Parecen obra de un niño, pero las letras son diminutas. Parecen obra de un niño liliputiense. Va a llegar un momento en que los garrapatos resulten ilegibles incluso para mí. Pararé antes, pues.

El olor del incienso, dulce y apestoso, baja de la habitación de Moll y se extiende por toda la casa. Lo noto hasta en la cocina.

Estaba de pie junto a la cama, meando en el cubo, esta tarde, cuando ha entrado por la puerta delantera como una exhalación, sujetando las bolsas de plástico de la compra con todas las asas juntas en una mano. No ha dicho nada. Ha mirado en mi dirección y se ha metido en la cocina y una vez allí ha empezado a dar grandes golpes. Yo me he sentado en el borde de la cama. He tirado de la sábana y me he envuelto en ella.

Ha llevado el cubo arriba, refunfuñando, ha hecho funcionar de nuevo la cisterna del váter. La he oído dar zapatazos ahí arriba.

Llega, como caída de las nubes, y se apodera de la casa, como si nunca se hubiera ido.

Dice: «No voy a dejar que te mueras de ese modo».

El ritual sirve ahora de guía a Moll y Alfie, los rituales de la muerte y de la familia. Es un sistema de moralidad que yo personalmente considero completamente estúpido, pero el caso es que me tienen en sus conciencias.